Doy vueltas por el jardín otoñal, en el corazón de la vieja Salamanca, que rodea a la iglesia de Santa María de los Caballeros. Espero a que llegue el momento de llamar a la puerta del gran anciano de Europa, de don Miguel de Unamuno. Me siento un poco conmovido. El hombre que pudo convertir sus flores en frutos y llegar a lo más alto, al sol, fue siempre para mí uno de los más consagrados hombres de la tierra. Las hojas habían amarilleado; los álamos brillaban; tres altos cipreses, inmóviles, invariables en la primavera y en el invierno, permanecían enhiestos, oscuros, en el dorado atardecer. Repasaba en mi interior las dos preguntas principales que quería formular a Unamuno.

—¿Cuál es el deber del intelectual de hoy? ¿Participar en la lucha? ¿En qué bando?

—¿Cómo ve el momento actual de España y del mundo? La nueva guerra ya está aquí, en este país se da el primer conflicto. ¿Es posible (y se debe) impedir?

Llamé a la puerta y entré en un despacho estrecho y largo, desnudo, con poquísimos libros, con dos grandes mesas y dos paisajes románticos en las paredes. Ventanas grandes, luz abundante, un libro inglés abierto sobre el escritorio.

Presté atención. A lo lejos, en el pasillo, podían oírse los pasos de Unamuno, que se acercaba. Era un andar cansino, arrastrado, de viejo. ¿Dónde estaba el paso ligero, la elasticidad juvenil que tanto había admirado en él, hacía sólo unos años, en Madrid? Cuando se abrió la puerta vi a un Unamuno encorvado, que había envejecido de pronto, que se había marchitado. Pero su mirada brillaba, siempre atenta, rápida y violenta como la del torero.

No me dio tiempo abrir la boca. Unamuno había irrumpido en el centro del ruedo.

—¡Estoy desesperado –gritó apretando los puños– por lo que sucede aquí!: guerras, matanzas, incendios de iglesias, ceremoniales, banderas rojas y estandartes de Cristo… ¿Por qué cree usted que sucede, porque los españoles tienen fe, unos en la religión de Lenin y otros en la de Cristo? ¡No! ¡No! Escuche, preste atención a lo que voy a decirle: Todo eso pasa porque los españoles no creen en nada. ¡En nada! ¡En nada! Están desesperados. Esta palabra no existe en ningún otro idioma del mundo. Porque ninguna nación, aparte de la española, tiene este sentido. *Desesperado* es el que sabe muy bien que no tiene dónde agarrarse, que no cree en nada, y como no cree en nada le posee la rabia.

—Un explorador inglés viajaba en canoa con unos salvajes. En la proa llevaban ídolos, dioses y demonios, a los que veneraban, por lo que se sentían seguros, tranquilos y felices. Pero el inglés no podía soportar tenerlos enfrente, ni creía en ellos ni compartía la felicidad de los salvajes, y un día se apoderó de él la rabia y los rompió en mil pedazos y los pisoteó. Ese día, el inglés estaba desesperado. –Unamuno se quedó en silencio y miró por la ventana.

 —¿Qué tal ustedes en Grecia? –preguntó.

Pero sin esperar la respuesta, salta de nuevo a la arena:

—El pueblo español se ha vuelto loco. No solamente el pueblo español, sino todo el mundo hoy. ¿Por qué? Porque el nivel espiritual de la juventud de todo el mundo se ha deteriorado. No solo desprecian el espíritu sino que lo odian. ¡Odio, odio por el intelecto! Esta es la característica de los jóvenes de hoy en todo el mundo. Quieren deportes, acción, guerra, lucha de clases. ¿Por qué cree usted que quieres estas cosas? Porque odian el espíritu. Dicen que quieren basarse en la realidad, les dan asco, dicen, los romanticismos, los sentimentalismos y las ideas abstractas. ¿Por qué cree usted? Porque odian el espíritu. ¡Yo conozco bien a los jóvenes de hoy, a los modernos! Odian el espíritu.

Se levantó, cogió el libro inglés que estaba abierto sobre su escritorio, encontró una frase y la leyó.

—Ve, usted –dijo–, odian el espíritu.

En ese momento, apenas tuve el tiempo de pronunciar rápidamente una pregunta.

—Entones, ¿qué deben hacer los que todavía aman el espíritu?

Unamuno, cosa rara, me escuchó. Se quedó un momento callado y estalló de nuevo.

—¡Nada! –gritó–. ¡Nada! ¡El rostro de la verdad es terrible! ¿Cuál es nuestro deber? ¡Esconder la verdad al pueblo! El Antiguo Testamento dice: “*El que mira a Dios de cara, morirá”*. Ni siquiera Moisés pudo mirarle a la cara. Le vio de espaldas y solamente distinguió el borde de su túnica. Así es también la verdad. ¡Engañar! Engañar al pueblo, para que los hombres tengan la fuerza y el deseo de vivir. Si supieran la verdad, ya no podrían ni querrían seguir viviendo. El pueblo necesita de mitos, del engaño. ¡En esto es en lo que basan sus vidas! Mire, escribí sobre este tema terrible en mi último libro, cójalo.

Había revivido. La sangre fluía de nuevo por sus venas, se sonrojaron sus mejillas y su cuerpo se irguió. Rejuveneció. De un salto llegó a la estantería, tomó un libro, escribió en él unas palabras y me lo dio:

—¡Cójalo! *San Manuel Bueno, mártir.*Léalo y verá. El héroe es un cura católico que no cree en Dios, pero lucha para difundir en el pueblo la fe que no tiene para consolarlo y que pueda vivir. ¡Para vivir! Porque sabe que sin fe, sin esperanza, el pueblo no puede sobrevivir.

Se rio con una carcajada sarcástica, desesperada.

—Hace cincuenta años que no me confieso. Pero he sido confesor de muchos curas, monjes y monjas. No me interesa el clero que se harta de comer y beber o de acumular riquezas. Me interesan más los que aman a las mujeres. Estos son los que realmente sufren. Pero más todavía me interesan los que han dejado de creer. Los que desde el púlpito hablan de una fe que ya no tienen. La tragedia de esta gente es terrible. Así es mi héroe, San Manuel Bueno. ¡Mire!

Con mano nerviosa, Unamuno comenzó a hojear el libro. Encuentro una frase:

—“La verdad es algo terrible, insoportable, mortal… Si el hombre corriente la supiera, ya no podría seguir viviendo. ¡Y debe seguir viviendo, debe vivir…!”.

Unamuno abrió las páginas con cuidado y empezó a leer. Leía y leía, le encantaba escuchar sus palabras y su voz. Leyó todo el libro y se detuvo:

—Entonces, ¿qué piensa? –me dice–. ¿Cuál es su idea?

—Del mismo modo que al final de la civilización grecorromana –contesto yo–, hoy también la razón dialéctica ha llegado más allá de lo que es necesario para la vida. Creo que es el momento para que la mentalidad dialéctica se adormezca. Que se duerma para que despierten las fuerzas creadoras del hombre.

—¿Un nuevo Medievo, entonces? –gritó Unamuno echando chispas por los ojos–. ¡Es lo que yo sostengo! Se lo dije una vez a Valèry: *“La mente no puede digerir los grandes progresos que ha hecho, debe descansar”.*

En ese momento se oyeron por la ventana músicas y ruidos y soldados que clamaban *“¡Arriba España!”*. Unamuno escuchó atentamente. Pasó el tumulto. Se oyó de nuevo la voz cansada y triste del viejo español:

—En este momento crítico que está atravesando España, yo sé que debería estar junto a los soldados. Son ellos los que nos salvarán, los que impondrán el orden. Los otros nos han traído la anarquía y la barbarie. Franco y Mola son prudentes y tienen rectitud moral. Quieren el bien del país, son sencillos y equilibrados. Saben lo que significa la disciplina, y saben imponerla. No haga caso, no me he vuelto de derechas, no traicioné la libertad. Pero, por ahora, es absolutamente necesario imponer el orden. Después me levantaré y empezaré a luchar de nuevo por la libertad, absolutamente solo. No soy ni fascista, ni bolchevique. Estoy solo.

Traté de cambiar de conversación porque veía lo que sufría este luchador de cabello encanecido. Pero el anciano no me lo permitió.

—¡Estoy solo! –gritó otra vez y se levantó–. ¡Solo como Croce en Italia!